

## Bereberes «minorizados» en el mundo «arabo musulmán»: ¿realidades o representaciones?

**Tassadit Yacine.** École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), París

Los términos «bereber» y «berberidad» se utilizan deliberadamente porque aparecieron muy temprano en la historia y son ampliamente conocidos por el público en general, aunque sabemos que las poblaciones afectadas, es decir, quienes practican la lengua y quienes se reconocen en esta identidad y esta cultura, se definen como «amazighs» —un término indígena que significa *hombre libre, hombre noble*—. Esto no implica que quienes no hablan la lengua bereber (o tamazight) no sean étnicamente bereberes. De hecho, los habitantes del norte de África que vivían en las ciudades y llanuras sufrieron una asimilación y se arabizaron de forma gradual, lo que resultó en una mayoría de personas arabizadas. A falta de un censo fiable, podemos argumentar que, en el caso de Libia, debemos contar que rondan el cinco por ciento; en Túnez, alrededor del uno por ciento; en Argelia, entre el veinticinco y el treinta por ciento (contando todas las regiones: Cabilia, Aurès, Chenoua, Timimoun y su región, M'zab, Hoggar); y en el caso de Marruecos, es necesario elevar la cifra al setenta por ciento (Rif, Medio Atlas, Alto Atlas, Sus). Después de la Segunda Guerra Mundial, también hay que tener en cuenta la existencia de una importante diáspora en Europa, Estados Unidos y Canadá. En Francia, la comunidad más numerosa, la cabila, cuenta con alrededor de un millón de personas. Es evidente que los estados no desean comunicar el número de sus hablantes de bereber porque niegan esta realidad y, en el mejor de los casos, pretenden reducirla a una cifra muy inferior.

Los acontecimientos actuales han sacado a la luz de la vida política —sin necesidad de planificación ninguna— la berberidad, un tema espinoso en muchos aspectos porque nunca ha sido tenido en cuenta por la historia.<sup>1</sup> De hecho, en el verano de 2019, en Argelia, grupos de jóvenes manifestantes fueron arrestados y condenados hasta diez años de prisión por blandir el estandarte bereber. Esta práctica surgió desde los inicios del Hirak —un movimiento político de protesta contra el régimen instaurado por los militares desde 1962—, surgió para mostrar la solidaridad de un pueblo —aunque esté compuesto por diferentes lenguas, etnias o incluso religiones— en torno a un objetivo político que consistía, en sus inicios, en derrocar al presidente Bouteflika y establecer el pluralismo político. Estas prácticas eran

muy comunes en la región llamada Norte de África, muy cercana a Europa, a catorce kilómetros de la costa española y treinta y cinco de la costa italiana. También en la actualidad hemos visto cómo con la pandemia la región bereberófona de Cabilia sirvió de chivo expiatorio para que el Gobierno no tuviera que responder a los problemas de la crisis económica y sanitaria, las protestas populares y, finalmente, una compleja crisis regional e internacional. En este artículo me propongo esbozar un marco general de la cuestión lingüística y cultural bereber desde el corazón de la política.

¿Por qué el jefe del Estado Mayor argelino necesitaba agitar ese viejo monstruo, si no para crear una distracción y, por tanto, una división dentro de su propio pueblo?

1. Agradezco a Mohand Tilmatine y Thierry Desrues su autorización para retomar ciertos pasajes de mi artículo publicado en *Revendications Amazighes* en el apogeo de las Primaveras árabes, Rabat, Centre Jacques Berque, 2017.

Una vez más, este personaje del todo desfasado creía que los manifestantes «árabes» (en realidad arabizados), considerados argelinos «legítimos» por quienes estaban en el poder, iban a morder el anzuelo discriminando a sus compatriotas (bereberes) por su lengua, como ocurre en Argelia desde los años cuarenta (Ouerdane, 1987) y en Marruecos, con el famoso *dahir* bereber.<sup>2</sup>

Sin embargo, tras una larga movilización de las poblaciones cabilas, ya desde la primavera bereber de 1980, y de Marruecos a partir de 1994, los bereberófonos ganaron la partida, ya que tanto Argelia como Marruecos terminaron reconociendo el amazigh (bereber) como lengua oficial, junto con el árabe y designado el día en que se celebra el festival bereber *yennayer* —día del Año Nuevo bereber preislámico vinculado al calendario agrario— como fiesta nacional no laborable. Pero en el caso que nos ocupa, no se trata solo de una cuestión de lengua ni de etnicidad, sino de una organización social y una gestión democrática de la política en la medida en que la identidad amazigh apela a una historia, una civilización y una cosmogonía específicas. Esto no es de ninguna manera una yuxtaposición —o reactivación— de prácticas pasadas, sino más bien una reconfiguración de todo el sistema social y político donde los hablantes de bereber, los hablantes de árabe, los musulmanes y los no musulmanes comparten un espacio donde los derechos humanos son inalienables. Las dominaciones históricas, tan difíciles de analizar con las herramientas actuales, así como el hecho colonial y la independencia «fallida», han hecho que estos grupos portadores de una cultura «nacional» hayan sido excluidos de ella.

De hecho, no podemos discutir el tema sin situarlo en sus diferentes contextos históricos de producción, ya sea en el pasado lejano, durante el período colonial o incluso desde la independencia de estos países y el modo de construcción nacional que favorece una

lengua, una religión y una etnia. Es necesario dar un rodeo por los inicios de la islamización para comprender esta articulación entre historia y política, entre lengua e identidad, y para ver cómo estos binomios indisolubles se expresan y evolucionan de forma gradual entre la población cabila para extenderse más allá de sus fronteras, en Marruecos, Túnez, Libia, Canarias, Mali, Níger y la inmigración.

Al igual que los invasores anteriores, los musulmanes trabajaron para lograr la sumisión a su religión, lo cual estuvo inequívocamente acompañado de un proceso de aculturación y alienación que fue aumentando entre las elites urbanizadas, especialmente durante el período colonial. Así, el «irredentismo» bereber tiene sus raíces en la larga historia del Mediterráneo desde Cartago. Sin embargo, las revueltas más notables fueron las que opusieron Berbería a Roma, como la de Gildon, Firmus<sup>3</sup> y Bonifacio, tal y como lo explica el historiador Yves Modéran: «La historia de las provincias africanas en el Bajo Imperio está marcada por una serie de usurpaciones y rebeliones que han ilustrado durante mucho tiempo, para ciertos historiadores, la decadencia, característica principal, según ellos, de esta época: Domicio Alejandro en 308-310, Firmus en 372-375, Gildon en 397-398, Heracliano en 413, Bonifacio en 427-428 fueron actores con variados motivos de este proceso que parecían encarnarse aquí mejor que en otros lugares» (1989; pp. 821- 872).

No es casualidad que los bereberes, en su lucha actual —así como en el pasado bajo la colonización— hayan seguido identificándose con el Eterno Yugurta, en memoria de la lucha del monarca bereber contra Roma. «Hay siete millones de Yugurtas en la atormentada isla del Magreb», dijo Jean Amrouche<sup>4</sup> a modo de advertencia al colonizador francés. Este último tuvo que enfrentarse a las tropas cabilas desde 1830, con el emir Abdelkader. Sin embargo, la mayor insurrección

2. En una obra reciente, Mohamed Mounib desmonta las astucias ideológicas de los artesanos de esa maniobra para estigmatizar a sus compatriotas acusándolos de separatismo y declarándolos sospechosos de convertirse al islam.

3. Firmus fue un general bereber de los moros en el África romana del siglo iv. Se rebeló contra el emperador Valentiniano I y fue derrotado por Teodosio el Viejo gracias al apoyo de su propio hermano, Gildon.

4. Jean Amrouche, poeta, escritor y célebre periodista anticolonialista (1906-1962). Véase al respecto *Un algérien s'adresse aux français*, París, L'Harmattan, 1994.

que, partiendo de Cabilia, movilizó a gran parte de Argelia tuvo lugar en 1871.

Cabe señalar que esta cuestión va más allá de los fenómenos religiosos (islam) y lingüísticos (árabes), porque los bereberes han abrazado el islam y su lengua, pero sin renunciar su historia, sus códigos jurídicos, sus valores y su literatura oral.

Por lo tanto, para comprender el fenómeno actual debemos recurrir a ciertos momentos de la historia del islam que pueden arrojar una luz sobre la situación en la que se encontraban estos bereberes, conquistados y a veces «conquistadores», sin haber definido previamente un estatuto para su lengua. Ello sin duda contribuyó a su invisibilidad en el campo político y a una deslegitimación a nivel simbólico frente a lenguas y culturas conquistadoras del área mediterránea. Este doble proceso de aculturación, primero, y de asimilación, después, vio la luz en Oriente, donde desaparecieron lenguas indígenas como el arameo, el caldeo y el antiguo egipcio, mientras que han sobrevivido vestigios de la religión preislámica (cristianismo, judaísmo, yazidismo, zoroastrismo, etc.). El mismo fenómeno se produjo en el Norte de África, donde desapareció el cristianismo dominante y las lenguas de esta región, en particular los dialectos bereberes y neolatinos.

Este inmenso subcontinente desde Cirenaica —la actual Libia, e incluso más allá, hasta Siwa, en Egipto— hasta el Océano Atlántico —en Marruecos—, conocido con el nombre de Elkhadra —el verde—, atrajo muy pronto a numerosos árabes y pueblos «islamizados» cercanos a la región (persas, turcos, mongoles, etc.), los cuales concibieron el proyecto de convertir a unas poblaciones que ya padecían el cristianismo romano y bizantino, y que solo pedían «que se las liberara». Esta «liberación» de la tutela,

al menos en apariencia, no dejará de convertirse a su vez en una lealtad, incluso una opresión, ejercida primero en nombre de la nueva religión y poco a poco en nombre de su lengua, la árabe, y su etnia. En este punto se confunden lengua y etnia.

Mientras que algunos grupos bereberes se sintieron inicialmente atraídos por el islam porque este los exoneraba de ciertos impuestos (*lkharadj*), otros opusieron una feroz resistencia, como durante los reinados de Dihya<sup>5</sup> (conocido como *Kahéna*), la cual practicó la táctica de la tierra arrasada ante el avance de tropas árabes,<sup>6</sup> y Kusaila, que mató a Okba Ibn Nafi.<sup>7</sup> Aún más importante fue la disputa de Mayssara que, gracias a la confederación de las tribus bereberes matgharas, meknassas y berghouatas, libró batalla ante el califa omeya en Tánger<sup>8</sup> y ocupó su lugar después de haberle disparado. De las promesas que los omeyas hicieron a los bereberes, ninguna se cumplió. Incluso después de su islamización, los bereberes obligados a pagar impuestos se rebelaron varias veces, sobre todo porque debían pagar un tributo consistente en entregar a los jóvenes —para las necesidades de la guerra— y a las jóvenes —para todas las demás necesidades—. Otro cambio capital consistió en cuestionar dos veces el linaje de la visión expansionista, lo cual ocurrió durante el movimiento fatimí —nacido en la actual Cabilia, cerca de Bugía—, que sacudió al mundo musulmán. Los códigos de filiación se modificaron: la nueva ideología nace y se desarrolla en Occidente y ya no en Oriente, y, además, la filiación toma otro camino, pues es transmitida por una mujer, Fátima, la hija del Profeta. Este camino empezó en 909 con Ubayd Allah al-Mahdi, fundador de Mahdia, quien inició el movimiento apoyándose en las tribus kutamas de la Pequeña Cabilia (Ikjane), a quienes convirtió al islam chiita ismaelita. Los fati-

5. Reina guerrera bereber que luchó contra los omeyas durante la conquista musulmana del Norte de África en el siglo VII. Murió en combate en Aurès, su región, en el año 703.

6. En Marruecos, algunas de las tribus bereberes más importantes conocidas como *ssiba* (disidentes) no se rindieron hasta 1930. En este mismo período, el territorio ocupado por *blad* Essiba era mayoritario y escapaba a cualquier autoridad central y a la *chra*.

7. Oqba Ibn Nafi perteneció a la familia Fihrid de la tribu coraichita. Fue lugarteniente del califa omeya Muawiya I y gobernador de Egipto, y lo acompañó durante los primeros asaltos al Norte de África desde Barqaen en 644.

8. Líder bereber que originó la gran revuelta bereber que estalló en 739-740 contra el intransigente régimen del gobernador omeya de Tánger, consistente en implementar impuestos cada vez más elevados.

més formaron una dinastía chiita ismaelita que reinó en Ifriquiá (entre 909 y 969), correspondiente más o menos al Túnez actual, y luego en Egipto (entre 969 y 1171), en un imperio que abarcaba gran parte del Norte de África, Sicilia y parte de Oriente Medio. La alianza con las tribus bereberes permitió lanzar una revuelta contra los aglabíes de Kairuán. En 909, Ubayd Allah fue entronizado y extendió su influencia sobre gran parte del Magreb: desde Marruecos hasta Libia (hoy Argelia, Túnez, Libia). Los fatimíes desafiaron la autoridad del califa de Bagdad.

Para el mundo musulmán de la época, fue sin duda una revolución copernicana, un cambio de paradigma en su representación del mundo. Los fatimíes fundaron El Cairo y una de las universidades más brillantes del mundo musulmán: El Azhar.

Lo mismo ocurrirá con la doctrina ibadí, cuyo fundador en Argelia es de origen persa. Los principios de poder basados en la competencia y no en el patrilineaje ganaron adeptos entre los bereberes, y el ibadismo tuvo así su época de gloria. Liderado por un persa, duró casi dos siglos en un territorio tan extenso como parte de Europa: desde Cirenaica hasta el río Muluya. El origen persa de Abderrahmán Ibn Rostom es indicativo de las prácticas que se llevaban a cabo.<sup>9</sup> Esta tendencia a elegir un miembro externo para gobernar la aldea, la región o incluso el país se vio reforzada por un principio fundamental de esa doctrina: la competencia debe prevalecer sobre el nacimiento, un aspecto fundamental de la «revolución» ibadí y el matrilineaje que aún persiste.

De hecho, los bereberes del pasado elegían a un mediador no nativo cuando no había consenso dentro de su grupo. El extranjero percibido como observador externo —y no involucrado en problemas internos—

debía estar por encima de los conflictos vinculados a las *soffs* (ligas). La competencia y el pragmatismo económico y político prevalecieron sobre los lazos de sangre, biología y parentesco. «¡Que gobierne el mejor de vosotros, aunque sea un esclavo negro!» era su lema. Ello constituía, por tanto, una oportunidad para que los bereberes reclamaran el poder, al entender que las costumbres vigentes —fundamentos de la ideología primaria de los coraichitas— favorecían la filiación por sangre, el patrilineaje.<sup>10</sup>

Esta estrategia de apertura es un arma de doble filo: los hombres solteros del Este, es decir, «árabes», que se presentan como «santos», son acogidos en numerosos grupos matrilineales, especialmente en el sur, donde toman esposa(s). Así, la estrategia efectuó la conversión de todo el grupo cambiando las reglas de filiación. Los descendientes de esta unión se convierten, por tanto, en musulmanes de ascendencia árabe (Pierre Bonte, 2016). En sus inicios, el islam vio aparecer las nociones de *qawmiyya* (la nación fundada en el nacimiento, la superioridad de los coraichitas) y de *amma* (la masa), que agrupaban a una población mayor, más pobre, pero también no árabe, de ahí el apego a Alí (primo y yerno del Profeta), que era una figura popular e internacional.

Otro momento histórico que hay que sumar a este expediente es el de Barghawata,<sup>11</sup> lo que, sin embargo, da fe de una autonomía manifiesta en relación con la dominación religiosa, política y lingüística de las políticas orientales. Sus promotores intentaron inventar un modelo religioso indígena como el islam chiita, pero diseñado según sus esquemas culturales y lingüísticos (en bereber) en oposición a la *sunna* dominante.<sup>12</sup> La situación más paradójica es la de la presencia bereber en Al-Andalus. Quizás sea exage-

9. Ibn Rostom se instaló en Tiaret y tomó esposa entre los bereberes. Cuando los ibadíes de Trípoli tomaron Kairuán en 758, se convirtió en su gobernador. Expulsado de la ciudad por el gobernador de Egipto en 761, fundó un reino ibadí en el norte del Magreb con Tahert como capital.

10. Estos bereberes combatieron contra los almohades. La vuelta a estos hechos ocurridos en el Norte de África aconseja una relectura crítica de la percepción de la conquista islámica que emana de la visión oficial de los estados que, por razones ideológicas, no dudan en diluir o incluso construir una historia truncada.

11. Barghawata fue una confederación tribal de los masmuda que estableció un reino independiente extendido por la región de Tamesna entre 744 y 1058, bajo la égida de Tarif al-Matghari. El Estado de Barghawata, incluida Anfa y la capital, sucumbió en el año 1059 d.C.

12. Movimiento religioso nacido hacia 1120 en Tinnel, fundado por Ibn Toumert y apoyado por tribus del Alto Atlas,

rado sugerir que en esta tierra los bereberes «islamizados» (judíos, cristianos, chiítas, etc.) disfrutaron de los mismos derechos que los llamados árabes, que eran pocos en número. Esto es tanto más sorprendente cuanto que se distinguieron por reconocidas hazañas bélicas, como durante la travesía del general bereber Tariq Ibn Ziyad al frente de miles de zenata. De hecho, como señala el gran arabista español Fanjul, muy pronto «los nativos fueron invitados, incluso obligados, a islamizarse. Esto explica por qué las culturas locales (bereber y neolatina) fueron aplastadas y suplantadas por una civilización árabe urbana que dejó al mundo bereber aislado en las montañas (fuera de la historia)» (Fanjul, 2017; p. 110). Esto no impidió en determinadas épocas el surgimiento de dinastías de origen bereber como la de los almorávides<sup>13</sup> o los almohades que, en realidad, no tenían otra misión que propagar la cultura arabo musulmana en detrimento de la suya propia. Este mismo estatus «subalterno» es el que tenían los bereberes en Andalucía. «La sociedad andaluza estuvo marcada por la heterogeneidad de los elementos que la componían, tanto religiosa como étnica y culturalmente. El factor árabe fue dominante, al menos como modelo ideal, pero la plena homogeneidad y cohesión no se alcanzó hasta la era nazarí (durante los últimos 250 años de Al-Andalus). En aquella época ya no había minorías —o eran insignificantes— debido a masacres, deportaciones, exilios o conversiones forzadas al islam. El orgullo ligado a la arabidad percibido en la anécdota de los qaysitas como Sunayl ibn Hattim, la enemistad hacia los bereberes expresada por historiadores como Ibn Hayyan —al que se atribuye la desintegración y la aparición de taifas norteafricanas—, la política antibereber de la

dinastía que gobernaba las taifas de Toledo, Badajoz y Albarracín... todos estos aspectos están registrados en la obra de Ibn El Hayyan y en la de otros<sup>14</sup> autores andaluces, tal y como muestra García Gómez en *Andalucía contra Berbería* » (Fanjul, 2017; p. 497).

Para el elemento oriental, como para los cartagineses y los romanos, el Norte de África representaba a la vez una riqueza económica y una riqueza humana indiscutibles,<sup>15</sup> lo que benefició al conquistador y trabajó enormemente a su favor. *Volens nolens*, los bereberes islamizados contribuirán a continuar la misión de islamización de sus amos, como en los casos del Califato de Córdoba, en Europa (España) y en África (Senegal, Mali, Níger, Somalia, Mauritania, Nigeria, Ghana, Sudán, etc.), hipotecando así su destino cultural por una falta de oposición manifiesta al designio dominante de hegemonía lingüística, especialmente desde finales de la Edad Media. En los centros urbanos, en particular, la lengua bereber ha ido dejando paso paulatinamente a la lengua vernácula árabe, sin que exista realmente una lucha abierta contra su expansión. Se plantea entonces una cuestión para un lector desinformado que no siempre comprende, por una parte, la génesis de la permanencia de una lengua muy antigua y que resistió a las grandes potencias de la época (Cartago, Roma, Bizancio), y por otra, las condiciones presentes en el origen de este «compromiso» tácito con las culturas dominantes para la conservación de una literatura oral y del uso de las lenguas nativas, como en el caso de la preservación del derecho consuetudinario en Argelia, Marruecos y el mundo sahariano. Las ciudades del Norte de África (de este a oeste) serán las primeras conquistadas por la arabización antes que las regiones montañosas y el

---

principalmente masmudas. Ibn Toumert abogó entonces por una reforma moral puritana y puso fin al reinado de los almorávides.

13. Los almorávides (*al-Murābiṭūn*, «los del ribāt») son una dinastía bereber (Sanhadja) que constituyó un imperio que abarcó Marruecos, Argelia y Andalucía entre los siglos XI y XII y desempeñó un papel muy importante en la región. La llegada de los almohades (*al-muwahiddun*) pondrá fin a la dinastía almorávide.

14. En Souss y M'zab existen numerosos corpus bereberes transcritos al árabe. También hay algunos en árabe, algunos en caracteres hebreos, una Hagadá de Pesaj en *tachelhit* (*chleuh*) transcrita. En cuanto a la presencia cartaginesa, el rey bereber y escritor Hiempsal II tiene una obra en cartaginés.

15. Al igual que durante la conquista romana, la conquista musulmana tuvo que deportar a muchos jóvenes para hacer la guerra en otros frentes. Este proceso es clásico y se repitió durante las guerras europeas (Primera y Segunda Guerra Mundial), que reclutaron a africanos y norteafricanos para librar la guerra contra Alemania.

extremo sur. Al espacio tuareg, precisamente, debemos la transmisión del alfabeto ancestral (el tfinagh,<sup>16</sup> transmitido por las mujeres) y la conservación de reglas matrilineales, así como el uso de una lengua aún viva, muy rica en léxico en comparación con los dialectos del norte. La cultura tuareg sirve como fondo léxico «clásico» (auténtico) para los investigadores del norte en busca de conceptos y nuevos lexemas.

El lector se sorprende, sin embargo, al constatar una omnipresencia bereber en el escenario político, económico y social de estos países, con todos los matices que es necesario introducir, y una forma de invisibilidad. De hecho, cuando no son cartagineses, romanos, bizantinos, musulmanes, árabes, siguen siendo, por así decirlo, los «indescriptibles» y, hasta hace poco, los olvidados de la historia.

Ausente en la historia del Mediterráneo y de África, la doxa actúa como si los bereberes solo existieran (en términos de idioma) por poder. Los imperativos geoestratégicos, por ejemplo, llevaron a Juba II, rey bereber de Mauritania, aliado político de Roma, a hacer del latín la lengua de la práctica administrativa. Los imperativos religiosos y/o sociales pueden haber llevado a san Agustín, obispo de Hipona,<sup>17</sup> a escribir una obra considerable en latín. Lo mismo ocurre con

Apuleyo<sup>18</sup> y con numerosos pensadores y escritores de la región de origen bereber, todos ellos conocedores de las culturas greco latinas. Así, podemos citar a san Ciprián,<sup>19</sup> Tertuliano,<sup>20</sup> Lactancio<sup>21</sup> y Arnobio de Sicca<sup>22</sup>, cuya filosofía se enseñó en Europa hasta el siglo XVII.

Si bien señalamos estos hechos que atañen a políticas específicas en momentos determinados de la historia de la humanidad, nuestra intención no es señalar a los musulmanes como los únicos actores que desean homogeneizar los países conquistados. Otras civilizaciones procedieron de la misma manera y asignaron un estatus minoritario a los pueblos indígenas, a pesar de ser estos muy numerosos, como el cristianismo en América del Sur. Lo que queremos subrayar es el grave malentendido que nace de la fusión entre religión y lengua, sabiendo que en la práctica no está escrito en ningún lugar de los textos «sagrados» (Biblia o Corán) que los conversos deban abandonar su lengua materna. En el caso del Norte de África, es bien sabido que el islam, en el siglo VII, era un credo abierto y flexible, y eso también ayudó a promover su expansión. Sin embargo, ese credo será revisado y corregido más adelante, según las políticas y los intereses de determinadas dinastías.

16. Alfabeto muy antiguo que recuerda al púnico y se practicaba antes y durante la época cartaginesa. En el norte de África y en las Islas Canarias se han encontrado numerosas estelas que dan fe del conocimiento de esta escritura, con ciertas diferencias. La escritura bereber (conocida con el nombre genérico de *libia*) ha desaparecido desde Cartago, pero siguió practicándose entre los tuaregs. Actualmente, el amazigh, idioma oficial de Marruecos, se escribe con este alfabeto.

17. En latín Aurelio Agustino o san Agustín nació el 13 de noviembre de 354 en Tagaste (actual Souk Ahras, Argelia) y murió el 28 de agosto de 430 en Hipona (actual Annaba, Argelia). Filósofo y teólogo cristiano romano de origen bereber, es uno de los cuatro padres de la Iglesia Occidental.

18. Apuleyo (en latín Lucius Apuleius, nacido alrededor de 125 en Madaure, actual M'daourouch y probablemente muerto después de 170) es un escritor, orador y filósofo medio platónico. Su fama proviene de su obra maestra, la novela latina *Metamorfosis*.

19. Cipriano de Cartago, de nombre real Tascio Cecilio Cipriano, nacido hacia el año 200 y muerto mártir el 14 de septiembre de 258 perseguido por Valeriano. Bereber convertido al cristianismo. Obispo, es considerado padre de la Iglesia después de san Agustín.

20. Quintus Septimius Florens Tertullianus, conocido como Tertuliano, nacido entre 150 y 160 en Cartago (actual Túnez) y fallecido hacia 220 también en Cartago. Escritor de habla latina procedente de una familia bereber romanizada y pagana, se convirtió al cristianismo a finales del siglo II y fue el teólogo más eminente de Cartago.

Autor prolífico, su influencia fue enorme en el Occidente cristiano. De hecho, es el primer autor latino que utiliza el término *Trinidad*, para el cual desarrolla una teología precisa.

21. Lucius Caecilius Firmianus, conocido como Lactancio (del latín Lactantius) fue un retórico nacido hacia el año 250 en Civitas Pophensis (actual Zoco Ahras, en Argelia) y fallecido hacia 325. Fue conocido como «el Cicerón cristiano» por la elegancia de su prosa latina. Alumno de Arnobio, también es muy prolífico. Fue citado y estudiado hasta el siglo XVIII en Europa.

22. En latín Arnobio, conocido como el Viejo (240?-304?), escritor bereber. Enseñó retórica en Civitas Pophensis, en Numidia, durante el período cristiano del norte de África.

Hasta finales del siglo XIX y principios del XX, los grandes grupos bereberes siguieron viviendo según sus costumbres ancestrales, ya fuera en Marruecos o en Argelia. La autonomía de una Cabília protegida hasta 1839 y después de 1871 vio el fin de sus días con la colonización así como con el protectorado, que redujo a las últimas grandes tribus del Atlas en 1950 y puso fin a la primera república en el norte de África, instaurada por Abdelkrim en el Rif.

Sin embargo, los últimos años revelaron el carácter en gran medida obsoleto de las reivindicaciones culturales por sí solas en favor de una redefinición de la política en los niveles estatutario, territorial y geopolítico —que, en ciertos casos, va desde la autonomía hasta la independencia—. En Marruecos se ha producido un progreso evidente en las relaciones sociales entre los hablantes de bereber y los hablantes de árabe, que, aun sin hallarse en un plano de igualdad, son mucho menos tensas que en el pasado.

En Argelia, la población (árabe y bereber) unida frente a un poder dictatorial se manifiesta desde el 22 de febrero de 2019 con un inmenso estandarte que reúne los dos emblemas (nacional argelino y amazigh) para mostrar su deseo de que se establezca una democracia secular. Paradójicamente, es el Gobierno el que intenta sembrar la discordia prohibiendo el emblema amazigh y aprovechando una serie de prácticas trilladas heredadas del período colonial en las que los argelinos ya no creen. En lugar de establecer un verdadero Estado de derecho regido por una buena convivencia, las potencias (árabes y musulmanas) continúan operando con esquemas propios de las dictaduras del pasado, sacrificando a su pueblo y una de las historias más ricas del Mediterráneo. Esta lucha, quizás una de las más largas de la historia (junto con la de los vascos), se ha beneficiado, como ya hemos señalado más arriba, de logros muy importantes a nivel simbólico como el *yennayer* (bereber, año nuevo preislámico), reconocido por los dos grandes países

del Norte de África como fiesta nacional. Los logros en materia de investigación científica y enseñanza son evidentes en Marruecos y Argelia, países que han incluido el amazigh (bereber) en su constitución como lengua oficial.

No podemos sino señalar estos progresos obvios, aunque todavía queda mucho camino por recorrer porque lo establecido a nivel de planificación luego no se aplica a la realidad. Una dominación multifacética arraigada en la sociedad durante milenios no puede desaparecer de la noche a la mañana. La reconocida cultura bereber, por supuesto, sigue estando dominada y a menudo folclorizada porque no tiene los medios para desarrollarse y no atrae a las generaciones más jóvenes —con algunas excepciones—, que miran hacia otras civilizaciones. Esta situación muestra claramente que la identidad bereber forma parte de la historia de esas viejas naciones del mundo que, para existir, deben renunciar a la igualdad con las culturas dominantes para sobrevivir en los márgenes.

## Bibliografía

- BONTE, P., *Récits d'origine: contribution à la connaissance du passé ouest-saharien, Mauritanie, Maroc, Sahara occidental, Algérie*, Paris, Karthala, 2016.
- FANJUL, S., *Al-Andalus, l'invention d'un mythe: La réalité historique de l'Espagne des trois cultures*, Paris, L'artilleur, 2017.
- MODÉRAN, Y., «Gildon, les Maures et l'Afrique», en *Mélanges de l'École de Rome*, 1989, 101-2, pp. 821-872.
- MOUNIB, M., *Contre l'amnésie. La dérobade de la justice face au recours contre la programmation de la supercherie du « dahir berbère » dans un manuel scolaire*, Rabat, Imprimerie centrale, 2019.
- OUERDANE, A., «La "crise berbériste" de 1949, un conflit à plusieurs faces», *Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée*, 1987, pp. 35-47.